AÑO XXVII. — Nº 1353.

EL DIA

MONTEVIDEO, DICIEMBRE 21 DE 1958.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



MONUMENTO A CESAR MAYO GUTIERREZ.

(Fotografía Juan Caruso)

Se inaugura hoy en la plaza Dámaso Larrañaga, de la ciudad de La Paz, el monumento a César Mayo Gutiérrez, obra del escultor uruguayo Luis Giammarchi. El bronce y el granito perpetúan la memoria de aquel varón ejemplar de nuestra ciudadanía que enalteció la política nacional

PAISAJE EN RUTA

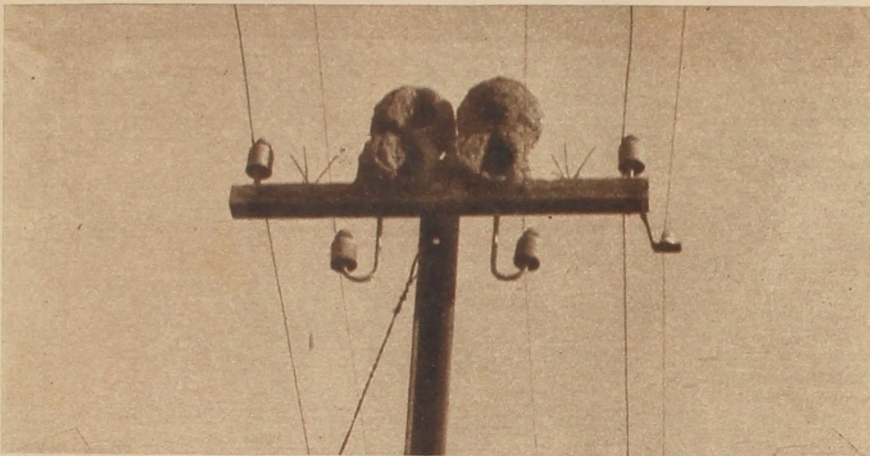


Nido de horneros sobre una piedra, junto a las olas batientes, como testimonio de la voluntad pobladora de trinos de tan hermosa ave.

—¿ES cierto lo que usted dice que ve en el paisaje uruguayo? Allí no hay más que vacas sarnosas.

En torno a una mesa de café montevideano, así se expresaba un amigo sobre una de mis notas campesinas. Si de sarna fuera, en las ciudades se respira tanta que el aire se hace asfixiante. Pero dejemos palabras de mal gusto y vayamos al grano de nuestro comentario. Tema muy sencillo. Paisaje en Ruta, en ruta de ómnibus.

Nos arrellenamos lo mejor posible en el más o menos muelle asiento e inmediatamente el rumor nos adormece. Pero no hay peligro de dormir. Cada pocos kilómetros aparece un inspector cuya voz nos sacude para que le mostremos el billete y en algo nos libere de su peso. Recordamos nuestro vagabundeo de días y más días de viaje en ferrocarril, por ejemplo desde Puerto Barrios, en Guatemala, hasta la frontera de México y Estados Unidos, cuatro días de viaje y sólo dos veces nos pidieron el billete, una vez en Guatemala y otra en México.



He aquí una propiedad horizontal de horneros, dos pisos y cuatro apartamientos, con el consiguiente bochinche por los pleitos de vecindad.

Mas, como íbamos diciendo, gracias al grito de los inspectores que proliferan en todas las líneas interdepartamentales, se aviva nuestra vigilia y vemos correr el paisaje a diestra y siniestra. Al principio nos aburre su monotonía de horizonte uniforme, mas luego la contemplación se adensa y se hace vibrante la vida de los tonos. El verde, siempre el verde como término de comparación sobre la tierra, pero saturado de aire gris, y lo mismo contemplando el azul de nuestro cielo.

Cuando dejamos los centros urbanos y seguimos balanceándonos por la ondulación de las cuchillas, desde los lomos cuchillares vemos el horizonte rodeado de islas de eucaliptos. Son manchas de verde que se confunden con el tono negro de un véspero aún lejano pero ya presente en nuestra retina. Y de pronto se quiebra el paisaje. Un arroyo. El corazón geográfico del Uruguay se halla surcado por un sistema cordial de venillas líquidas, su sistema hidrográfico, que visto desde un avión da sensación de tierra nerviosa, pero vistos los arroyos desde el suelo, contemplados en la velocidad del ómnibus, nos parecen agua estancada, sorbida por la sed verde de los sauces tiernos. Un verde líquido estancado en azul de altura y de fondo.

Cruzan arrinconados los ranchos, chatos de tierra y anunciando esperanza floreada en la primavera, pero los inviernos, todo es desolación en torno a ellos. Son nota gris de muerte en este horizonte de soledades de nuestra tierra. Y de hora en hora, muy de hora en hora, los pueblos. Todos iguales, aprendices de ciudad en una igualdad democrática, sin diferenciación. Desde lejos los anuncian los depósitos de agua, y en ellos, los más primitivos, nos muestran unas capillitas misioneras, que aún se mantienen cristianas en la fiebre de cemento armado y propiedad horizontal que Pío XII y su familia imprimió a los templos de su fe. Hoy, bajo el signo de lo espectacular, las antiguas cuanto humildes iglesias que aún se mantienen en pie, están amenazadas de derribo por la fiebre de piqueta que avanza con el propósito de construir iglesias dignas de dios, es decir, iglesias de cemento, sin alma divina, iglesias no para el humilde creyente que necesita dialogar con el dios de su creencia sino para el turista que busca comodidad y aire acondicionado. Nuestra alma escéptica sonríe a estas humildes parroquias que tan fino juego de líneas hacen con el paisaje, y les decimos adiós con nuestra nostalgia, más bien tristeza ante todo lo que está condenado a desaparecer. Seguro que los nuevos templos, suntuosos templos de aire acondicionado, no afirmarán la fe con la misma esperanza que estas humildes iglesias de tierra adentro.

Uno de los milagros más sorprendentes del paisaje uruguayo es el de los árboles sobre la piedra. Asombra cómo crecen los árboles enraizados sobre las piedras. Uno muy especialmente nos atrae en nuestra ruta hacia el norte. Cuando comienza la ruta IX, desprendida de la VIII, a la izquierda, entre un breñal compacto, aparece un eucalipto que brotó, necesariamente, de alguna semilla que el viento depositó en alguna grieta inverosímil de la piedra berroqueña. Echó raíces, se nutrió de agua y de sol, abrió espacio y creció hasta ser lo que es hoy, un hermoso ejemplar de eucalipto desafiante al viento y al sol, porque sus raíces han tomado posesión, al fin, del subsuelo jugoso. ¡Qué mayor milagro que éste, el de que la piedra se haya convertido en maceta de un árbol, hasta darle suficiente tiempo como para desbordarse más mo penacho verde nutrido de lejanas aguas! Esto es maravilla de maravillas, que del gris tosco de la piedra brotara un verde brote de eucalipto, y así, durante años, hasta que el niño vegetal se hiciera adolescente, luego joven y al fin maduro, con madurez siempre verde de esperanza para mantener el sueño de los hombres.

Y de pronto, bosques, lejanos o próximos, bosques. Cuando se tienen noticias de que el Uruguay ha sido tierra con déficit de arboleda; cuando se sabe que el bosque nativo asomaba sólo como vereda verde de los ríos y arroyos, es estimulante comprobar cómo el hombre de campo ha ido po-



A la salida de la ciudad de Rocha se puede contemplar esta avenida de palmeras orillando la carretera hacia la frontera de Brasil.



La palmera solitaria, rodeada de agua, de verde y de azul, es un ejemplo de supervivencia contra las inclemencias del tiempo, la necesidad de los animales y la maldad de los hombres.



Milagro de árbol sobre la piedra nos muestra este ejemplar de eucalipto que se halla al iniciar la ruta IX, cerca del empalme de Minas.



Diseminadas por el campo uruguayo, las nuevas escuelas rurales, como esta de Chalalote, hoy 19 de Abril, son centros de luz en la luminosidad del paisaje.



Una iglesia campesina, de espíritu misionero, una de esas humildes iglesias que han cumplido su misión

blando de verdes las rutas de nuestro paisaje. Lástima que sólo se planten eucaliptos. Ya sería hora de fijar la atención en árboles maderables, más lentos en el crecer y en el comerciar pero más densos en la conquista de la tierra y del horizonte. Nos hacen falta coníferas para diversificar el tono verde de nuestro paisaje y para aliviar la exportación de divisas por la compra de maderas. Pero la realidad es que se han sembrado y plantado muchos árboles. Hoy ya no se pueden escribir relatos de viaje por nuestra tierra sin que aparezca el árbol, sólo o en colectividad, hablándonos de sus problemas en relación con el medio. El árbol es, sin duda alguna, el inmigrante que más hondas raíces ha echado en nuestra tierra, por eso el que con más fuerza la ha transformado hasta convertirla en tierra grata de reposo a la sombra.

Más profundidad de tierra. El paisaje uruguayo es siempre de gran intensidad en los últimos términos. Ahora la tierra se humaniza. Es la hora de salida de las escuelas rurales. Las túnicas blancas de los niños son motas mariposeantes entre los tonos verdes y grises. Suben al ómnibus y por momentos se convierte aquello en una jaula de pájaros libres. Van bajando a medida que llegan frente a sus ranchos, los vemos saltar las alambradas y gratamente el blanco de sus túnicas se hace negro más allá del portal de sus inhumanas viviendas.

Pero se acerca una nueva luz, la luz de las palmas. Las palmeras del departamento de Rocha se van acercando al camino. Primero, aisladamente, como miedosas. Luego en grupos, hasta formar bosque. Pero yo prefiero esta solitaria, rodeada de agua y de pasto, grimosa de soledad pero fuerte y desafiante a los vientos, al sol y a las lluvias. ¿Cómo y cuándo brotaría en esta soledad de soledades? Naturalmente, antes de que los rumiantes deambulasen por estas verdes llanuras. Los bañados eran inmensos pero pacíficos. No formaban torrente y la tierra, pese a la erosión, se mantenía con serenidad telúrica. ¿Qué vista humana habrá sido la primera que reposó en el verde gris de sus palmas? Todo es inseguro, hasta la misma sombra de la palmera sobre la tierra, apenas perceptible. Pero la tristeza de su soledad es el símbolo de su fuerza. Fuerte como la soledad, podríamos decir de ella.

Cuando el sol la besa desde el cenit ella cae con desmayo de fuego sobre su tronco, pero luego, en los atardeceres, cuando la serenidad se remueve en brisa, esta palmera solitaria arrullará al paisaje con un batir de manos verdes, y todo adquirirá un tono de nueva luz antes de que las sombras se tiendan sobre la llanura. La palmera es una estellera luminosa en los atardeceres. Recoge la última luz del véspero y la mantiene vibrante hasta que se ha desvanecido tras las cuchillas el último reflejo del sol, acompañado del último grito de la hornera sobre su nido. Otra característica de nuestro paisaje que nos acompaña siempre, sobre los postes, sobre las ramas, sobre las rocas, incluso sobre la faz lisa del suelo, por mucho que sea su instinto contra los reptiles.

Y decimos adiós al paisaje por hoy. Hasta otro día.

F. FERRANDIZ ALBORZ

(Especial para EL DIA)

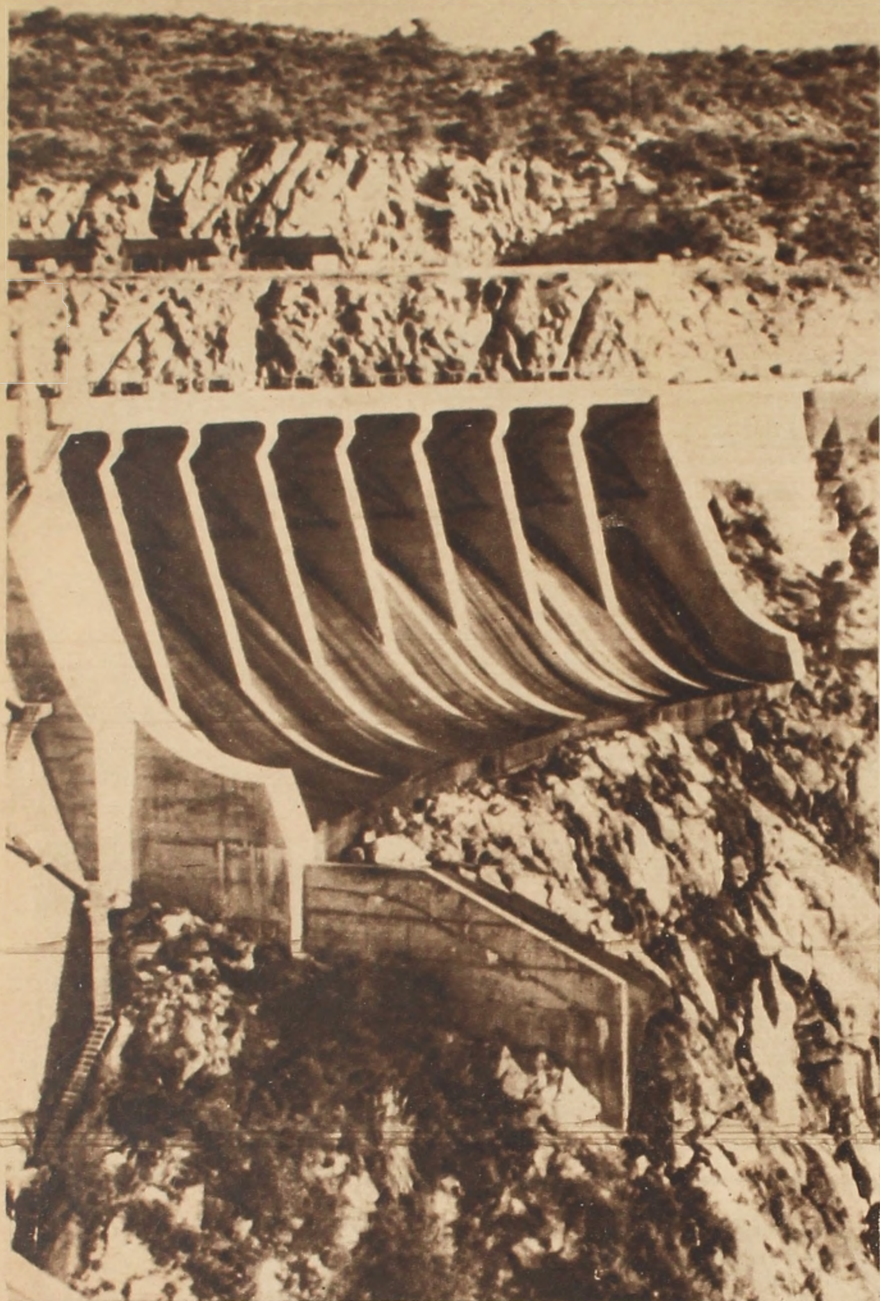


Los ríos uruguayos, como el Arapey, tienen suntuosidad de mar cerca de su desembocadura en el Océano o en el río epónimo.



El río Negro, cerca de Mercedes, es permanente juego de luz y sombra entre el verde de los sauces que pueblan sus orillas.

EL HOMBRE Y LAS SERRANIAS



Obras hidroeléctricas en el Dique de la Viña.

LOS bloques fallados y basculados que hoy constituyen las sierras cordobesas, presentan en general un borde abrupto hacia el Oeste y buzan suavemente hacia el Este, y corresponden a una antigua peniplanicie dislocada y elevada. Entre tales bloques alargados se encuentran valles cegados en parte por los materiales aluviales y coluviales, llamados bolsones. En algunos de ellos se ha detenido con barreras artificiales el curso de los ríos formándose grandes embalses, que aseguran el aprovechamiento de la energía hidroeléctrica y el acopio de agua para los cultivos y poblaciones. El mayor de estos embalses es el del río Tercero, al Sur del valle de Calamuchita; son importantes también el de los Molinos, en el valle de los Reartes; el de San Roque, al Oeste de Córdoba; el de Cruz del Eje, ubicado más al Norte; y el de la Viña, en el valle de Nono, donde el Champaquí, situado en el borde de la falla, se eleva a 2880 metros.

La escasa pluviosidad de la región, ha sido compensada por la tesonera labor humana para formar grandes depósitos de reserva de agua, abaratando al mismo tiempo la energía eléctrica en un país pobre en carbón de piedra. Por otra parte la construcción de los diques y embalses ha producido un incremento en el poblamiento y la actividad turística de los valles y bolsones. Pero el establecimiento de vías de comunicación estables ha sido realizado a costa de grandes esfuerzos, remontando las agrestes superficies de falla, cruzando pampas de piso granítico, corriendo por los flancos escarpados de las serranías y contorneando colosales obstáculos de piedra. Frente a la dificultades para abrir paso a tales vías, la parte favorable y la compensación ha sido la abundancia del material utilizado para la pavimentación o el afirmado. La roca se presenta menos meteorizada que en el Brasil Tropical, el suelo es menos profundo y el barro poco abundante, y un pavimento natural determinado por los afloramientos rocosos asoma por doquier.

Es interesante consignar que debido a la propia orientación de las serranías y valles, los caminos tienen preferentemente una disposición meridiana. Los tranversales son los más irregulares y costosos. De los primeros, el más importante es el que bordea por el Oeste la Sierra Chica; otro bastante transitado sigue el valle de Conlara. Los que unen a Córdoba con Salsacate y Mina Clavero, son de trazado espectacular, y sorprenden con frecuencia por la audacia de la ejecución; ofrecen al viajero panoramas inolvidables. El camino que conduce a Salsacate, cruza la alta pampa de San Luis, y alcanza una región volcánica cubierta de cenizas y tobas, en la que se elevan los restos de bocas eruptivas de andesita tales como los cerros de La Ciénaga, Velis y de Poca.

En muchos lugares las instalaciones humanas son de índole subalpina; lo es también la vegetación introducida. Este hecho puede apreciarse en La Cumbrecita, descrita por el geógrafo Miatello, y en otros lugares. En la pampa de Achala se crían alpacas.

Es tan extensa el área ocupada por las cuencas fluviales endoreicas o sin salida hacia el mar en la Argentina, que el hecho constituye una verdadera característica de gran parte del país. Desde el larguísimo y complejo río Salado hasta el curioso río Quinto que se pierde en medio de la pampa, las corrientes fluviales interiores son en el país vecino muy frecuentes. De esta hidrografía endoreica, son responsables principalmente por un lado el clima árido o subárido, y por otro, los movimientos basculares que a través de la era terciaria y de la cuaternaria, elevaron bloques cristalinos de gran magnitud que se transformaron en sierras dispuestas como efectivas barreras para el paso de los ríos, y hundieron otros, sobre los cuales se acumularon grandes masas de sedimentos fluviales o eólicos, dando lugar a bolsones y cuencas cerradas en las que los ríos serpentean sin hallar una salida apropiada que les permita llegar al mar. Los propios movimientos de los bloques rocosos concurrieron a modificar las condiciones climáticas primitivas, y territorios que en otras épocas recibieron el aporte de lluvias relativamente abundantes, quedaron privados de este beneficio, convirtiéndose en regiones subáridas.

La escasa pluviosidad incidió para moderar la energía fluvial, y muchos ríos se senilizaron y se perdieron en las cuencas cerradas tras de interminables rodeos, depositando allí sus aluviones. Pero al elevarse los bloques cristalinos, resbalando sobre espectaculares superficies de fallas, esa energía tomó bastante incremento en los grandes resaltes de las masas rocosas; allí, las aguas pudieron correr presurosas modelando progresivamente las laderas, y abriendo profundos valles, hasta dar aspecto serrano a las superficies de falla.

Las grandes dislocaciones de las masas cristalinas ocurrieron en lo que hoy llamamos sierras cordobesas, en la era terciaria, posiblemente en la misma época en que se procesaba el plegamiento que dio lugar a la aparición de la gigantesca cordillera andina. Pero los bloques formados a raíz de colosales fracturas, continuaron balanceándose suavemente aún durante la era cuaternaria. Por eso es dado observar desde el borde abrupto de la actual Sierra de Pocho, por cuyas laderas se deslizan torrentes desbocados, ríos que se pierden en la llanura por falta de desnivel y por los obstáculos que ofrece el camino; a pocos kilómetros unos de otros, los jóvenes y animosos torrentes se presentan frente a los ríos lentos y tortuosos, dando una nota de singulares contrastes. En las laderas derivadas de las fallas tectónicas abundan plantas serranas tales como el quebracho colorado, la aruera, el romerillo, Flourensia



Quietud en el lago artificial del Embalse de la Viña, ubicado en el valle de Nono.



Túneles que permiten el paso a través de resistentes gneisses migmatíticos. (Sierra de Pocho.)

Contraste entre la llanura recorrida por ríos seniles y los valles torrenciales serranos (Sierra de Pocho).

campestris, etc.; en la llanura, un monte espinoso con mistol (**Zyziphus mistol**), brea (Cercidium australe), jarilla (Larrea divaricata), numerosos Prosopis y Acacia, prosperando en suelos alcalinos, ha extendido sus reales. El camino, que en lo alto debe atravesar pequeños pero costosos túneles, casi no encuentra obstáculos en las porciones bajas y se tiende allí sin rodeos.

Una red caminera se ha abrazado a las gigantescas masas cristalinas dislocadas. En lo alto de las pampas interiores o serranas, se ha implantado la ganadería de ovinos y caprinos. Los embalses han animado la vida de los valles. El monte serrano y de escarpa ha sido talado sin exageración y en parte ha sido sustituído por plantaciones artificiales. La vid se cultiva en las colinas preserranas. Un mundo de turistas llega y sale de la región. El poblamiento de los valles incrementa día a día.

El hombre y la sierra, he aquí un tema que los geógrafos cordobeses deben desarollar. Puede servir de ejemplo de cómo los pueblos sudamericanos con inteligencia y tenacidad, han sabido conquistar la naturaleza sin depredarla en forma sensible, creando un ambiente humano, próspero y feliz, en un marco natural bello y sano, llevando la civilización hasta el corazón del continente.

Jorge **CHEBATAROFF.**

(Especial para **EL DIA.**)

(Fotografías del autor.)



El camino tortuoso se ve obligado a veces a pasar sobre sí mismo. (Sierra de Pocho.)



Cerca del borde de falla el camino zigzaguea a través de espectaculares grietas artificiales (Sierra de Pocho).

VIDA DEL POETA ANTONIO MACHADO

ALGUNOS valores de las letras o del arte pudieron leer su propia biografía escrita por la cordialidad de sus coetáneos o la admiración de los menores. En contados casos alcanzaron también a divisar los perfiles con los que la posteridad se disponía a recordarles objetivamente. Pero aquélla o éstos no constituyeron ni el libro definitivo ni el busto completo. Fue necesario que se alejaran en el tiempo y en el espacio, y que sobre la almendra, ya desvestida y purificada de su pensamiento, y la presencia de todavía ser, cuando cierta, de su sensibilidad, pasaran los vientos escultores del paisaje y de los días, y las aguas y los soles, para que el retrato aparezca próximo a los rasgos auténticos y en la obra sea reconocida la verdad de los instantes que le dieron aliento.

Nuevos estudios biográficos, exámenes de su estilística, ensayos de averiguación literaria, notas de intuiciones, se publican en España y América acerca de Antonio Machado. En ellos se busca la intimidad del poeta, su sencillez y hasta su esoterismo; la razón de la poesía castellana de aquel andaluz que sabía tanto de Soria y del Duero, más que de los azahares y los limoneros sevillanos; las señales de sus casi siempre sobrias entrevistas con la vida, y la historia de Mairena, o sea la suya como filósofo, la de sus escepticismos y análisis, la del anotador en prosa sustantiva que marchaba sin contradicciones, no sólo al lado del poeta esencial, si no en él mismo.

En sutil ensayo de averiguación, Pablo de Cobos nos conduce por los lugares y los paisajes de Machado, por sus devociones y sus emociones, y acudiendo a su móvil ser, así como al aparente reposo de sus estancias, trata de establecer por qué el huésped de Segovia no cantó a Segovia; ni hubiera, tampoco, escrito los versos de Madrid o de Toledo, en tanto que la poesía surtíale en Soria. Letras que, moviéndose, en buena parte, por intuiciones, intentan el estudio de los ocios del autor de "Campos de Castilla", fecundos para el poema que no se persigue porque llega, y que lejos de la jornada de labores de encargo, obedece en cambio a ese proceso que Leopoldo Panero llama "escrito a cada instante".

De Cobos traza un retrato de Machado, que parece a lápiz pronto, pero con buenos datos de recuerdo: "Su figura agigantada de músculo blando e incivil, con su lento andar, la mano diestra en el bastón; su cabeza soberbia sobre los espejos del café segoviano de "La Unión", asotabancado, con viejos divanes rojos, mesas de mármol blanco, y aquel camarero Andrés, luego loco, que al mismo tiempo jugaba al ajedrez y servía. Con su 'torpe aliño indumentario", en el largo camino del café y del cigarro, por encima del periódico, el goteo sobre el desvaído pantalón y los golpecitos de don Antonio remejiendo la ceniza sobre la mancha. Y su mirada pasiva, flotante. Y el pliegue gracioso, simpático y acaso pícaro de sus labios gruesos. Tras el candor, que era un modo de diluírse, permanente, la zumba andaluza, feliz y momentánea".

Viajó Antonio Machado por tierras de Castilla. "De Segovia a Madrid —siempre sobre la madera— de mi vagón de tercera— mirando lejanía hacia fuera o hacia dentro". Y anduvo, casi siempre por ciudades recoletas, las de sus altos, entre ellas, sobre todo Segovia. Allí la sequedad castellana se interrumpe; ríos de subjetiva música circulan entre trozos de verdura, y en ámbito como de antigua égloga, apunta el medievo en los contornos de su Alcázar, anclado como un barco, o al entrar la noche, tiéndense caminos bajo tan diáfana penumbra que alcanzara a explicar en algo el misterio de la noche del alma de Juan de la Cruz, amigo también de los lares segovianos y en una de cuyas iglesias duerme sobre la sin par almohada de sus éxtasis.



El poeta Antonio Machado.



El de las averiguaciones recuerda a Machado, en Segovia, al lado de don Blas Zambrano, ambos corpulentos y desgarbados, con "cabeza de arquitectos del Acueducto" y "con el mismo aire de profesores despistados". ¿Por qué don Antonio —se pregunta— que tan bien cantó a Soria y desde Soria, eximio cantor de Castilla, no ha cantado a Segovia, ni desde Segovia? Entonces, observa sin encontrar respuesta concluyente, al abrigo de Segovia, discurriendo en torno a su Catedral, alcanzando un panorama de castiza forma que desfila ante los ojos del transeunte por los arcos del acueducto, estaba Machado en sus fecundos ocios... 'Indolente, abandonado, sin tarea, amigo del ocio, que nunca se apresura porque sabe que ningún camino va a ninguna parte, es acaso nota esencial que se ha de tener en cuenta para aceptar las dimensiones de su producción poética. Por ser así, pudo ser meditación toda su vida, y por ello, todos sus poemas se nos aparecen como brotes maduros del mar hervoroso que era su mundo interior."

Así interpretaremos sus diálogos y sus silencios; su andar y sus quietudes; sus visiones y sus imágenes. Y seguiremos al poeta de la forma directa, de la metáfora limpia y escasa, que no se quedó, sin embargo, de "poeta menor"; al antideclamatorio; al que en su poesía, como Azorín en sus notas, apresó el espíritu, la subjetividad del paisaje de Castilla.

Para el canto que le surtió en Soria, se ha evocado una figura femenina: "Leonor fue muy probablemente la adolescente que se enamoró del profesor poeta. Machado quiso con toda su alma hacer feliz a aquella niña, florecilla frágil y temprana. Dios se la robó al poeta, y quien sabe hasta donde se sentiría éste responsable: por pobreza, por inexperiencia, por loca juventud. Por poco que se haya conocido a don Antonio, se comprende que de un dolor semejante no habría de curarse jamás. (Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería. Oye, otra vez, Dios mío, mi corazón clamar — Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía — Señor ya estamos solos mi corazón y el mar.) Ella, Leonor, manándole pena, le hizo a don Antonio el poeta cabal, y le hizo escéptico... Además de deberle, de manera particular, que cantara a Soria y a Castilla. A Castilla que es siempre Soria, que es siempre Leonor en la mente de don Antonio."

Esencialidad que se parece a Castilla y sobrio verso también. Y una raíz ascética que, según De Cobos, se le venía de Sevilla, de su cante jondo. Así levantó la arquitectura de sus versos que convencerán siempre, porque se parecen a la vida. En ellos se retrató en varias veces: 'Tiene sobre la mesa un libro viejo —donde posa la mano distraída. — Al fondo de la cuadra, en el espejo — una tarde dorada está dormida." Imagen, tal vez, de su aparente indolencia, como la del enlutado que medita, la mano en la mejilla, en aquel poema suyo dedicado a Azorín por su libro "Castilla", y que tiene clavados en el fuego los ojos largo rato y se los enjuga después con un pañuelo blanco. Poesía de su vivir y su esperar, como la que se ofrece en aquel verso: 'Hoy es siempre todavía". Versos que harían decir a su doble Mairena: "Para ser buen poeta, señores, pensar y sentir hondo. Y... un buen sentido del idioma."

Augusto ARIAS.

(Especial para EL DIA.)

LAS TABLAS DE LA LEY EN LA ARQUITECTURA DE BUENOS AIRES

"...Y el Señor dijo a Moysés: Sube a mi al monte, y estate allí; y te daré unas tablas de piedra; y la ley y mandamientos que he escrito; para que los enseñes". De entonces a hoy, ha transcurrido el tiempo en las dos dimensiones; la de la pequeña medida del reloj y el calendario; la de la medida grande de la historia. A través de él, la tradición y la leyenda han jugado en el pensamiento del hombre, y las viejas piedras milenarias han sido reproducidas en formas variadas; diversificando la noticia de su origen en cien versiones; su texto ha cambiado modificando los conceptos contenidos, ya en su esencia, ya en su forma; nuevas y varias directivas morales han fluído de esas versiones; sus adoradores han elegido diversos caminos. Y al andar por diversos senderos, la forma material de las tablas de la ley, pareciera haber prevalecido como un común denominador en que buscan su entronque las variadas creencias, los variados textos no exentos de parecido, destinados a cohonestar la concepción metafísica de la fe, en una devoción que surge involutivamente de la redacción del mandato mítico.

En la obstinada perseverancia de los hombres, para adaptar las sendas concepciones originarias de su fe, cualquiera sea ésta, a los hechos de su vida, es fuerza anotar el deseo de supervivir al hecho ineludible de la muerte física, y para ello, el hombre ha buscado la dureza de la piedra cuanto que la intangibilidad aparente que ella luce frente a la biología. La arqutiectura, como otras manifestaciones del arte, ha sido fecunda por esa categoría que la piedra le ofrece, en aquellas expresiones tendientes a la perdurabilidad, y más de una vez el proyectista recogió símbolos tradicionales, utilizándolos como recursos capaces de espiritualizar los materiales inanimados de una construcción. Esa razón determina como en el clásico intercolumnio, el deseo del artista de presentar su obra marcada con la fuerza de un simbolismo tradicional; marcada con el sello indudable de una función, de una actividad, de una fe, de un destino práctico a que se presume va destinada, o a que desea adaptar la obra proyectada.

La observación, en nuestro diario andar por las calles de la ciudad, nos permitió recoger más de una vez el hecho de la utilización de recursos arquitectónicos similares; y mentalmente fuimos anotando una sucesión de analogías, coincidencia de estados emocionales generadores del uso de los mismos motivos; difícil resulta, no obstante, poder marcar las causales que en diversas épocas, por diversos diseñadores, en obras con destinos diversos, señalan esas coincidencias. Hechos o cosas anotados por un mismo autor o autores de una misma escuela, en épocas similares, con fines o destinos iguales, podrían explicar el fenómeno; no así el que ahora anotamos, que muestra una coincidencia informal sin ataduras aparentes. Diversos arquitectos, en épocas afectadas por diversos problemas, y en edificios destinados a diversos fines, utilizan el motivo ornamental que configura la reproducción de las Tablas de la Ley, encontrándole uso adecuado, sin que ello señale lo que otros motivos o recursos puramente arquitectónicos, generadores de una moda o costumbres, para un país o una época o un éxito de determinado exaltador.

El primero de los edificios anotados, para seguir la cronología de las épocas en que fueron construídos los que nos ocupan, es el de la Masonería Argentina, ubicado en la calle Cangallo, y que fue construído para ella, según hemos podido averiguar, en el año 1862; su proyectista fue el arquitecto Carlos Enrique Pellegrini, y no es del todo improbable que su proyecto original haya sido modificado al través de los veinte años que duró la realización total de la obra.

Le sigue el Palacio de los Tribunales; el 3 de setiembre de 1904, narra la crónica que el doctor Joaquín V. González presidió en su carácter de Ministro de la Nación. la ceremonia de colocación de la piedra fundamental, en los terrenos que había ocupado el antiguo Parque de Artillería, testigo de luchas políticas sangrientas. Numerosa concurrencia prestigió el acto, invitada por la firma constructora, Bernasconi y Cía; se firmó el acta; junto a ella, diarios y revistas, fotografías y dinero, quedaron allí depositados; allí debía ejecutarse finalmente la ley.

La moderna Sinagoga Israelita de la calle Libertad, edificio que también luce como recurso arquitectónico la reproducción de las piedras mosaicas, ha sido construída con recursos modernos, en poco tiempo, e inaugurada en el año 1932.

La historia que resume andares del espíritu en las páginas de la Biblia, tiene como las Tablas de la Ley, muy diversas versiones. El libro de los libros, concreta su enseñanza de muy variadas maneras; éstas, no obstante, se atan a un esquema que como el esqueleto del hombre, le da consistencia; vertebración, por mejor decirlo; y lo que a esto rodea dándole forma visual y tangibilidad, es el concepto real, cierto o bello, según sean sus costumbres o sus convicciones. El hombre adjudicaba el origen de sus leyes divinas y adaptaba el de sus leyes terrenas; pero quería perpetuarlas más allá de la duración temeraria de la idea hablada; fue el mito; y la ley escrita señaló, marcó, primigénita e imborrable, la idea de todas las justicias.

Anduvo el tiempo, y el hombre por serlo y renegar del origen divino que lo hacía imaginariamente de puras virtudes, trasvasó la ley al cánon de sus conveniencias, en que por fuerza se generó la trampa, creación mala de la condición. El creyente falseó la ley divina con su olvido, su desaprensión, la burla y el escarnio; pecó sin intermitencias, y a falta de más comodidades, se fabricó el perdón. El ciudadano falseó la ley humana y aprendió veloz las argucias capaces de balancear una acusación con una defensa, neutralizando las consecuencias de una ley inflexible; aprendió pronto y tejió la urdimbre en que todo puede encontrar la absolución de la sociedad de los hombres reunidos. En la fe o en el derecho, el hombre en soledad nunca perdona; solo, el hombre rara vez delinque.

Hace mucho, leímos algo que escribía con su proverbial causticidad Juan José de Soiza Reilly: pocos son los que conocen la belleza arquitectónica de la ciudad, señalaba, porque ocupados en buscar monedas en el suelo, no tienen tiempo para mirar la majestad de las torres. Así o muy parecido decía el gran periodista. Bien esté, pues, para los pocos que miran nuestras construcciones, en el frontispicio de ellas, los símbolos de la fe religiosa o laica, los símbolos de la ley escrita, los símbolos de la concordia. Pero aprenda el hombre a mirar los símbolos a cruzar frente a ellos sin dudas ni engaños introspectivos; en ese simbolismo está la repetición permanente de las viejas lecciones. Su presencia puede ser consecuencia saludable al espíritu del hombre; esa repetición ayudará a andar con la frente más alta, buscando por la costumbre, espacio hacia la altura infinita del corazón y la bondad.

Jorge MOSIALANO.

(Especial para EL DIA).

Buenos Aires, 1958.

Fotografías de E. Colm.



Uno de los dos motivos que representando las tablas de la ley, luce en lo alto del edificio del Palacio de Tribunales.



Cúpula del edificio de la Masonería; Moisés sostiene las tablas con el decálogo.



El frente de la Sinagoga de calle Libertad, que repite el milenario motivo arquitectónico.



Ultimo retrato del escultor José Clará, autor del monumento "España al Uruguay", emplazado en la Avenida Agraciada.



La Madre Patria, figura central.

triculándose en la Escuela de Bellas Artes, y concurre y es discípulo del escultor Auguste Rodin. Estos son los primeros pasos de la vida del artista. Los primeros escalones de una larga existencia que lo llevará a la cumbre. Porque en Clará hallamos siempre la presencia de la voluntad como motor y acicate de su arte.

Estamos en la casa del escultor. Nos habla de otros días. Nos habla del París de principios de siglo tan distinto al París de ahora. Nos habla de la bohemia y de los apuros de aquellos años. De la angustia que se apodera del corazón y de una inquietud que desazona. Y es precisamente en Francia donde se le revela a Clará su extraordinaria facultad para la escultura. Y en 1903, expone en el Salón de los Artistas Franceses, y en 1904 en este mismo Salón obtiene la primera medalla de honor con su escultura "Crepúsculo". Y en 1908 es nombrado "Societaire" de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. Y en 1909 expone su famosa obra de "Enigma" que más tarde se llamó "Diosa", y que hoy preside el ángulo Sur de la Plaza de Cataluña de Barcelona.

Clará se abre paso en París. Vive treinta y dos años en la ciudad. Recibe los honores de la crítica francesa, y el propio gobierno de Francia adquiere numerosas obras para sus museos nacionales y le concede la "roseta" de Oficial de la Legión de Honor. Clará ha triunfado. Y esto le libera de las angustias y las incertidumbres que el artista padece en su camino. Y desde este momento se afirma en su arte y sigue el trabajo incansablemente. Expone en París, en Madrid, en Barcelona. Recibe encargos de muchos países, y son muchas las obras que actualmente están en los primeros museos del mundo. Y es en su casa barcelonesa y en su museo particular, donde mejor nos damos cuenta de la labor y de la extraordinaria trayectoria de este escultor catalán, que de un modo tan rotundo ha triunfado siempre. Y entre las condecoraciones que posee, citaremos la Encomienda de Alfonso X el Sabio, la medalla de oro de la ciudad de Barcelona, y la medalla en plata de la provincia de Barcelona.

La casa del escultor es un verdadero museo. A donde van los ojos hay arte y corazón de artista. Su jardín es el espejo de un espíritu con su paz y su equilibrio y su belleza. Y allí en las naves del museo la fuerza de una realidad hecha piedra. Es impresionante ver la acumulación de obra,

EL ESCULTOR JOSE

A primeras horas del día cuatro de noviembre de 1958, ha muerto en Barcelona el ilustre gran escultor catalán José Clará Ayats. Con su muerte el arte español pierde una de sus figuras máximas.

Y llega hasta nosotros, un artículo de Manuel Robert, a quien le unía una gran y fervorosa amistad.

Barcelona, noviembre 1958.

CLARA —

El escultor Clará vive entre nosotros, aquí en Barcelona, y rodeado del cariño y la admiración de los artistas y de las gentes. En lo alto de la ciudad tiene su casa. Y frente a un jardín lleno de belleza y de silencio están las naves de su museo y de sus talleres de escultor. Clará se aisla y vive cara a su arte, cuando su vida se culmina y su escultura se hace piedra para la posteridad. Todo en él es serenidad y equilibrio. Magnífica y difícil posición que Clará ha logrado gracias a su lucha y a su espíritu, que siempre fue una línea ascendente en busca del ideal.

Clará, nació en la ciudad pirenaica catalana de Olot, en el año 1876. Ya desde muy niño se despierta en él la inclinación por el arte, realizando estudios en la Escuela de Bellas Artes. Y es el propio pintor Joaquín Vayreda quien anima al joven artista y le pronostica un porvenir en el arte. Clará, a finales de siglo, se traslada al mediodía francés, a la ciudad de Toulouse, para unirse a su hermano Juan. Allí prosigue los estudios y alcanza los primeros premios. Y en 1900 se va a París, ma-



Figura que simboliza "El Descubrimiento", situada a la izquierda del monumento.



Vista del conjunto del m

nos parece mentira que ello quepa en vida. Desde las esculturas de grandes porciones a los pequeños bronces. Es el sublime y cierto que sujeta y nos da valor de una vida. Es la piedra del már- l y la materia fria del bronce, donde manos y el espíritu de Clará ha sabido le y hallar la forma y poesía de línea. todo es el bloque de la obra del gran ultor José Clará.

Y al hablar de Clará, no podemos olvi- a Isadora Duncan, la gran danzarina teamericana. Creo firmemente que esta ial mujer ha influído mucho en el al- del escultor y en su obra. Isadora, le ndó la gran lección de la gracia del mo- iento unido a la libertad de las formas no expresión grandiosa y digna de la nudez humana a través del corazón. Cla- conoció a Isadora cuando ésta era aún niña. Y sólo la Muerte pudo romper incomparable amistad. Clará captó de modo maestro el arte de Isadora. Esos gistrales apuntes trazados en la soledad estudio de París. Clará no hizo nunca escultura de Isadora Duncan, mas en su a está presente el espíritu de esta gran jer. Los dibujos fueron publicados en rís, en un bello libro presentado por orges A. Denis, en un tiraje especial de nto cincuenta ejemplares de "Editions eder".

La charla con el escultor se va haciendo conversación íntima y casi callada. ne quizá más fuerza lo que callamos e lo que decimos. Clará acaricia sus as con ternura y cuidado. "Son mis hi-." Su cara se ilumina y sus ojos se lle- de una alegre tristeza.

—En mi interior sentí una fuerza supe- r y una luz que es el sentido de lo bello el impulso que nos lleva hacia adelante. evolución en sí importa. Y siempre de- representar el clima y el espíritu de nde se hace. Los fundamentales princi- s del escultor se basan en la ciencia del



Relieve en el basamento, debajo de la estatua central, representando a Don Quijote y a Sancho Panza.

SE CLARA

uilibrio de los cuerpos sólidos. Lo esen- l a mi entender, es tener algo que de- , y procurar decirlo lo más claramente sible y con sentido. Y tendrá razón, co- o siempre, lo que más perdure. El tiempo be respetar las obras hechas con amor fe.

Clará, pese a sus años y a su vida tan tensa, conserva una fuerza en el cuerpo ombrosa y agilidad viva en el espíritu. s ojos brillan y tienen una infinita bon- d. Sus palabras, resbalan lentamente con medida y dicen de su camino y de su recuerdo.

—No se inventa nada. Se repiten las mismas palabras, las mismas sensaciones, pero el que las dice vive en la ilusión que las inventa. Lo que tiene un verdadero interés en la vida, es vibrar y amar la naturaleza.

Clará me enseña una de sus últimas obras. Sus manos mueven la figura con lentitud y ésta nos da todos los ángulos y las facetas, la sencillez pasmosa que ha logrado darle a la materia. Poesía y ritmo de lo inerte.

—Yo no sé si he creado una escuela. Esto lo dirá el tiempo. Yo no tengo este pretensión. Para mí, cualquier momento tiene el mismo dolor y la misma inquietud. La creación es el gozo y el sufrimiento moral. En mi vida de artista no hay momentos malos ni buenos. Porque el arte es creación, es un culto sagrado que al pasar por los ojos hacia el corazón se trasmuta en la manera de sentir de cada uno. Es como una plegaria que se balbucea religiosamente ante la obra divina del Creador. Arte es inquietud, probidad, y amor a la naturaleza. Y el día que se hallase el secreto del arte, sería su muerte.

Y con estas palabras cerramos el diálogo con el escultor José Clará. Y ahora sobreviene el momento que los ojos recuerdan y saben de tantas cosas dormidas en el corazón. La película de las horas junto al hombre y su obra nos llega. A pocos hombres les es dado vivir el existir sereno que ha alcanzado este gran escultor catalán. Existir sereno que veo reflejado en su admirable jardín. Sencillez y grandeza donde todo se armoniza en un algo que podríamos llamar eternidad. Todo habla en un lenguaje preciso y acertado, unido a esa rara calidad humana que se llama arte y corazón. Y este poético jardín es como un monumento levantado a la obra de Clará.

Manuel **ROBERT**.

Fotos Gausa.

(Especial para **EL DÍA**.)



umento "España al Uruguay".



La Cultura, figura situada a la derecha del monumento.

EL MUSEO HISTORICO NACIONAL

EL TIEMPO DE CRECER

No pudo ser más acertado si mejor desde el punto de vista simbólico, el destino acordado a las viejas casas de Rivera y de Lavalleja: adecuación perfecta de continente y contenido, para mostrar en forma condigna los testigos materiales de significación espiritual, en los que se resumen épocas y acontecimientos. En el remolino del tiempo se sumergen y perecen muchas cosas, y de ahí resulta la mayor valía de las que sobreviven a ese naufragio inevitable. Y cuando esas cosas refieren un pasado, concretan una anécdota, hablan de una batalla, dicen de un heroísmo, tienen eco de patria, por fuerza crecen en trascendencia y vuélvense aleccionadoras.

El Museo Histórico Nacional, errante y sufridor de muchas vicisitudes desde el día de su fundación, tardó cuarenta años en estabilizarse y merecer la plena confianza pública, y al resolver el problema del local permanente, abrió una era de afirmativa superación.

Donde antes se cruzaban las calles de San Gabriel y San Felipe, llamadas hoy Rincón y Misiones respectivamente, se hallaban la finca y el solar de don Cristóbal Salvañach, comerciante acaudalado que falleció en la segunda década del siglo XIX en algún rincón del Africa. En la casona siguieron viviendo la viuda y los hijos, hasta que murió aquella en 1821 en forma espectacular, a manos de sus esclavas negras, que la arrojaron desde el piso alto. Sin duda un fantasma trágico quedó desde entonces deambulando sobre el patio de piedra. Y en 1834 la compró Fructuoso Rivera en veinticinco mil pesos, viéndose obligado a venderla dos años después. Pero doña Bernardina la readquirió en 1838, si bien no pudo sostener los gravámenes, en los años difíciles de la Guerra Grande, y debió al fin abandonarla en 1850. Para entonces, la casa pertenecía ya a la historia. Había sido asilo, durante la guerra, de familiares, amigos y servidores, llegando en algún momento a albergar noventa y dos personas refugiadas. En ella vivió, llevado siempre por el vaivén de las luchas y la política, el que había sido primer presidente constitucional de la República. Allí doña Bernardina fundó en 1843 la Sociedad Filantrópica de Damas Orientales, de militante beneficencia. Bajo sus balcones desfilaron las tropas cuando el triunfo de Cagancha y luego de India Muerta, y hasta las rejas treparon los cantos populares y se enroscaron como una enredadera florecida las serenatas, después de la revolución de 1846 que restituyó el poder a Rivera. Y nos conmueve hoy encontrarnos, traída desde Cerro Largo, frente a la mesa humilde y sólida que en el rancho de Bartolo Silva sirvió para velar los restos mortales del que fuera el amo de esta casa.

La de Lavalleja fue donada al Estado por sus cuatro nietas. De nobles líneas típicamente coloniales, data de 1783, cuando la actual calle Zabala se llamaba San Francisco. En su sobria elegancia, reúne las características de las cosas hechas para durar. La había mandado edificar aquel rico portugués que construyó la Casa de Comedias, don Manuel Cipriano de Melo y Mencia. Y Juan Antonio Lavalleja la compró en remate en 1830. No permaneció en ella mucho tiempo seguido, porque sus campañas militares le alejaban del hogar en el que quedaban su esposa y sus hijos. Doña Ana Monterroso acogió allí a emigrados y conspiradores, con aquel ancho sentido de hospitalidad que adornó a nuestros mayores. Lavalleja sólo la habitó íntegramente los últimos dos o tres años de su vida; y cuando la muerte le sorprendió en el Fuerte, se le trasladó a ella y bajo el techo familiar se procedió a la autopsia que varios historiadores nos han transmitido en sus crónicas. Hoy la "Sala de los Treinta y Tres Orientales", la "Sala Sarandí", la "Rincón e Ituzaingó", vinculan al edificio la actuación del Jefe de la Cruzada Libertadora, cuya memoria se prolonga en la que fue su morada. Y todavía en el patio sigue dando sombra el mismo bananero de hojas anchas y pulidas.



Poncho de verano que perteneció a Juan Antonio Lavalleja.

No podía pedirse ambiente mejor. No ha habido que crear artificialmente el clima propicio. En ambas casas, el Museo Histórico Nacional encontró, hecho, el espíritu que necesitaba. Los viejos materiales acumulados sin examen desde 1900, ahora ordenados y probada su autenticidad, se distribuyeron con criterio riguroso y cronológico, en las dos residencias. El programa de la Dirección tomó impulso encauzado en tres sentidos convergentes: acrecentar las colecciones, proyectar la actividad del Museo en la cultura pública, y convertirlo en un centro de estudios. Y la entidad severa y quieta cobró un ritmo distinto, intenso: salió de su apatía, y se dio a la tarea de localizar y obtener, por donación o compra, los tesoros dispersos. Ingresaron así muebles, cuadros, armas, grabados, libros, manuscritos, medallas, monedas. Pero sólo tuvo cabida lo genuino, lo que traducía una hora o interpretaba a un personaje. La colección es siempre la etapa previa del museo; el coleccionista junta; toca al museo seleccionar y oponer al afán acumulativo de aquél, el criterio que acentúa tan sólo lo significativo del ayer en función de testimonio histórico. En su nueva etapa, este Museo afirmó a tal punto su seriedad y su prestigio, que le fueron donadas colecciones de suma importancia: las de Blanco Acevedo, Bouton, Pietracaprina, Gallinal, Oliveres, Lamas.

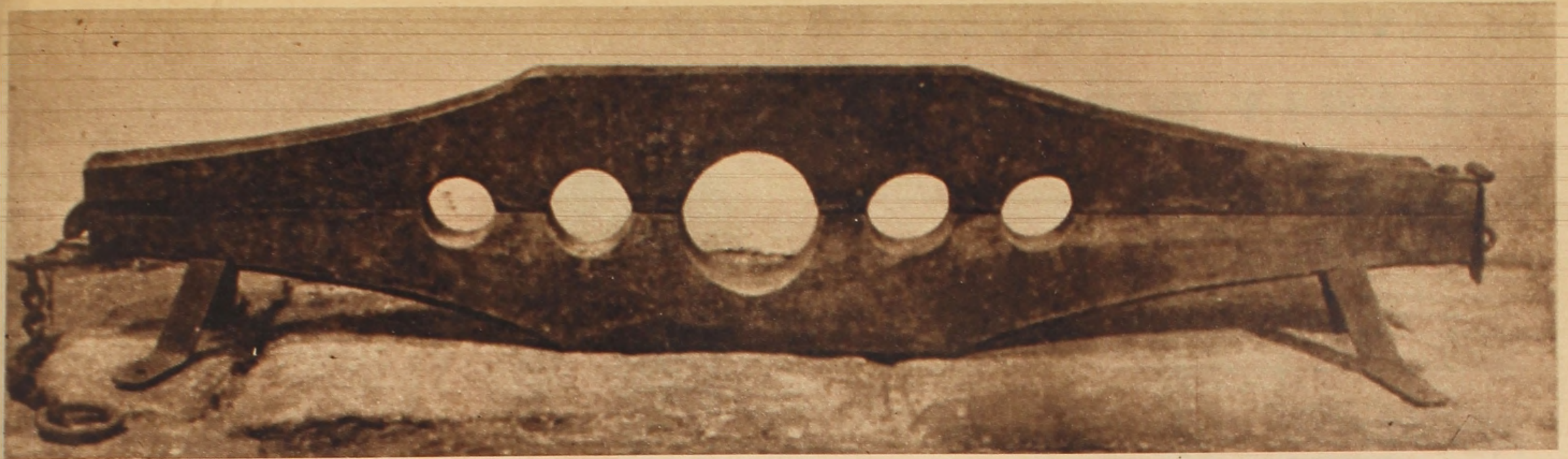
Un gran aporte para el conocimiento directo de usos y costumbres campesinas, fue la serie de objetos gauchescos donados por la viuda del doctor Roberto J. Bouton, que revelan aspectos de vivo interés acerca de nuestro medio rural, desde el poncho y las botas de potro a los mates de plata que ya hablan de un refinamiento en el hábito criollo. Objetos cuya mera contemplación despierta reminiscencias de una tradición extinguida.

Valiosa también fue la colección que entregó al Museo la viuda de don Roberto Pietracaprina, tesoro iconográfico que en la Casa de Lavalleja ofrece un panorama demostrativo de costumbrismo, vestuario, edificación nacionales, desde las horas del coloniaje hasta las más cercanas de la formación institucional de la República. Acuarelas, litografías, dibujos a lápiz, los avalan los nombres, entre otros, de D'Hastrel, Wiegeland, Besnes e Irigoyen, Palliére, Emeric Essex Vidal, dibujantes que con sus trazos fieles retrataron un momento que sin ellos se hubiera perdido.

No menos interesantes son la colección de Numismática, de Oliveres, y la de libros, de Lamas, en vísperas de ponerse a disposición del público. O la importantísima colección de Arqueología de Gallinal, no expuesta todavía, cuyo nutrido catálogo, que hemos visto, llevó años de paciente tarea.

Y fundamental fue asimismo la donación del archivo y biblioteca de Pablo Blanco Acevedo, pues representó el núcleo inicial de la biblioteca americanista, que alcanza ya los veinticinco mil volúmenes, empeñosamente obtenidos por canje o adquisición, a lo largo de diecisiete años de labor tenaz. Debemos subrayar en particular, como prueba fehaciente de la diligencia puesta en el cometido, que cuando el profesor Juan E. Pivel Devoto asumió la Dirección del Museo, éste carecía de piezas manuscritas, pues los originales existentes anteriormente habían pasado en 1927 al Archivo General de la Nación. Y si hoy el Museo cuenta con un millón de fojas manuscritas, es fácil advertir la magnitud del esfuerzo realizado.

Además de la citada biblioteca histórica y del archivo de manuscritos, posee el Museo una completa colección de retratos, con todo eso añorante que se desprende de las fotos viejas y los daguerrotipos borrosos, y una colección de estampas de paisajes y edificios de otros tiempos. Este caudal nos pertenece a todos, pues todos podemos ser [illegible] de él, desde el mero curioso al erudito. Y es elocuente índice del éxito obtenido por el propósito de acercamiento entre el Museo y el público, que alcance ya la cifra de treinta mil visitantes al año. El instituto se vuelca sobre dos vertientes: la exposición para todo público, y el centro de investigación y consulta para el estudioso.



Cepo de madera para cuello, piernas y manos. (Col. Bouton.)

Ha conseguido así que escolares y liceales lo frecuenten, y distribuye gratuitamente folletos ilustrados que, sala por sala, informan sintéticamente sobre el tramo de historia que cada una encierra. También se regala una llamativa y costosa serie de postales en colores, que divulgan algunos de los objetos, cuadros y retratos que atesora el Museo. Y para que la aventura didáctica ampliara en forma más completa su órbita, se reinició la publicación de la "Revista Histórica" que en 1907 comenzó su trayecto por instancias de Eduardo Acevedo, y dejó de salir en 1924. Esta segunda etapa se reanuda en 1942, y hasta la fecha han aparecido, venciendo todos los obstáculos que se han presentado, quince volúmenes que se distribuyen mundialmente, originando un canje internacional que acrecienta en forma regular y sostenida la bibliografía del Museo. Las monografías y estudios que se insertan abarcan todos los temas concernientes al pasado rioplatense, y la severidad con que se examinan los textos antes de su aceptación, respalda la solvencia de los trabajos publicados. La "Revista Histórica" aparece enriquecida con buenas ilustraciones, y su temario comprende el más completo y documentado repertorio de la vida nacional.

Alta lección docente es la que cumple de este modo el Museo Histórico Nacional, rompiendo con esa tradición que ve en estos establecimientos conglomeraciones de cosas muertas revestidas por la frialdad de lo que no produce en el ánimo vibración alguna ni sirve más que para la contemplación ociosa o indiferente. Aquí, en cambio, todo está impregnado de evocación y alma, y tiene singular elocuencia; porque están latentes la comprensión y el fervor de quienes, como Pivel Devoto y sus colaboradores, han puesto el corazón en la tarea generosamente.

Y como diez años bastaron para que se triplicara el acervo, y como las colecciones no podían exhibirse con la comodidad necesaria, se hizo imperioso buscar el espacio donde desplegar adecuadamente los nuevos materiales históricos. Va a ampliarse para ello la Casa de Rivera, y las viejas casas de los Ximénez y de Roosen anexarán próximamente la una su vetustez colonial y la otra su señorío romántico.

Había llegado la hora de crecer; y sin timidez, el Museo creció.

Dora Isella RUSSELL.

(Especial para EL DIA.)



Mate de loza y bombilla de caña con canastilla de cerda. (Col. Bouton).



Vaso de guampa esculturado con aro de plata en el borde. (Colección Bouton.)



Trabuco de fulminante, de los llamados boca amarilla. (Col. Boutón).

EL ENIGMA ARQUITECTONICO DEL GRAN BUDA DE KAMAKURA

EL Gran Buda de Kamakura, eterno símbolo del Oriente, ha sido objeto de maravilla y adoración durante siete siglos.

Este coloso de bronce llamado Daibutsu fue inspirado en el Buda de Nara del siglo VIII, una de las más notables proezas de ingeniería de su época.

La imagen de Nara mide más de 16 metros de alto y pesa 452 toneladas.

La historia dice que el generalísimo Yaritomo había establecido la sede de su régimen en Kamakura en 1192 y habiendo ido a Nara para observar las reparaciones que se hacían del Buda —dañado por un fuego— quedó tan impresionado que resolvió levantar uno similar en Kamakura.

Sin embargo Yaritomo no vivió lo bastante para ver realizado su deseo.

Después de su muerte una monja budista solicitó permiso de la viuda de Yaritomo para recaudar fondos y erigir el Buda.

En 1243 fue develada una gigantesca estatua de madera: el Buda de Kamakura, pero durante el violento huracán de 1248 el templo que lo abrigaba quedó arrasado y la figura sufrió daños considerables.

La monja budista resuelta a perpetuar el sueño dorado de Yaritomo, convenció al nuevo Shogun de Kamakura para erigir la estatua nuevamente, pero esa vez, en bronce indestructible.

Así fue que la imagen de madera fue reconstruída, cubierta de barro y cera. Finalmente se le dio un baño con bronce derretido. La construcción de esta enorme figura sigue siendo un misterio, si se tiene en cuenta las rudimentarias herramientas existentes en esa época, doscientos años antes de que Cristóbal Colón descubriese a América.

El Buda mide tres metros menos que su rival de Nara. No obstante desde el punto de vista artístico es superior. La estatua pesa 95,450 kilos y tiene 12 metros de alto. Los 656 rizos tienen un diámetro de ocho pulgadas cada uno, los cuales, según la leyenda demuestran el poder de concentración del Buda.

La figura representa a Amis Buda, un rey que se hizo monje y juró 48 veces que salvaría a la humanidad. Cuando cumplió sus votos lo alcanzó lo que los budistas llaman "un estado de felicidad" conocido por el nombre de Amida.

Desde su develación en 1252 el coloso de bronce ha resistido victoriosamente todos los embates del tiempo. El terremoto de 1923 que casi arrasó a Tokio no hizo más daño al Buda que hundirlo uno o dos pies en su base. El templo que lo cobijaba fue barrido por el mar en 1945 y jamás reconstruído. Desde entonces al quedar a la intemperie el Buda, los japoneses le llaman "el Dios mojado".

Aun cuando el shogun Yaritomo inspiró la construcción del Gran Buda, ningún miembro de su familia vivió lo bastante para admirar al coloso.

El viejo dominio de Yaritomo es un apacible balneario cuya existencia transcurre entre las reliquias de los tiempos de su apogeo. Las oscuras arenas de sus playas de Sagami, donde Yaritomo adiestraba sus tropas de caballería, se ven hoy concurridas por bañistas y pescadores.

A lo ancho de las colinas se observan residencias de verano y en un lugar destacado la tumba de Yaritomo.

El panorama ha sido descrito como "un gran cementerio poblado por los espíritus de los guerreros muertos."

(Exclusivo para EL DIA.)

EL GRAN BUDA DE KAMAKURA. — Amida Buda, el rey que se hizo monje y juró 48 veces que salvaría a la humanidad, no logró su propósito, pero al menos ha perpetuado su figura durante más de siete siglos. El Gran Buda de Kamakura es una atracción turística, conocido entre los japoneses como "el Dios mojado". (Foto Pan-American.)

LAS ISLAS HAWAII

TIERRA florida, de ambiente cálido y acogedor, las islas Hawaii constituyen un sitio de descanso y esparcimiento preferido por miles de turistas. Este territorio norteamericano, considerado un cruce de caminos en el Pacífico, es también centro industrial, naviero, base militar y naval.

Las oleadas de inmigrantes de distintas procedencias se han mezclado tan armoniosamente allí que Honolulú, la bulliciosa capital del archipiélago, se ha convertido en una ciudad en la que reina una atmósfera similar a la de los Estados Unidos.

Las Hawaii están formadas por una cadena de veinte islas volcánicas y de coral que tienen una superficie de 16,634 kilómetros cuadrados en total. La población es de más de medio millón de habitantes, la mayoría de los cuales vive en la isla de Oahu, la más populosa de las nueve habitadas.

Situada en el lugar que antes ocupaba una aldea polinesia, desde que las naves comenzaron a buscar amparo en su excelente bahía, a fines del siglo XVIII, Honolulú ha evolucionado notablemente hasta convertirse en una ciudad moderna, llena de edificios de primer orden.

Las palmeras y los cercos vivos de la capital hacen juego con el verdor de las montañas próximas, y la llanura coralina sobre la que antes sólo crecía el pasto es ahora un vívido jardín.

La principal atracción del archipiélago es la playa de Waikiki, a la que en 1956 llegaron 125,000 visitantes de otras tierras. Los deportes acuáticos son ese sitio muy populares, principalmente los de acuaplanos, botes, natación y pesca.

Las antiguas costumbres polinesias contribuyen a dar una nota de colorido en las islas. Entre estas costumbres figura la de enhebrar los "leis" o guirnaldas hawaianas, tarea difícil que consiste en formar largos collares con flores de brillantes colores.

También suelen asistir los turistas a las fiestas dadas por los polinesios, que se sientan con las piernas cruzadas sobre el suelo a comer manjares preparados a la manera de sus antepasados.

La principal industria insular es la del azúcar, que atrae trabajadores de Portugal y de muchos países asiáticos. Entre los inmigrantes han figurado, además, misioneros y comerciantes norteamericanos así como gente atraída por la dulzura del clima y la belleza de la islas.

Aparte de la producción de azúcar, que alcanza por año a 1.100.000 toneladas aproximadamente, las islas Hawaii producen y envasan casi las tres cuartas partes del ananá que se vende en los mercados mundiales. La pesca, la cría del ganado y la confección de ropas de deporte de estilo hawaiano son, igualmente, industrias en pleno desarrollo. Los puertos insulares reciben gran cantidad de buques que transportan estos productos a todas partes del globo y llevan, a la vez ,a las islas los artículos que necesitan.

El centro de defensa estadounidense se halla en Pearl Harbor, donde la administración y abastecimiento de la escuadra norteamericana del Pacífico son dirigidos desde cuarteles generales de concreto que se parecen a un buque en tierra. Cerca está Hickam Field, la gran base aérea.

El desarrollo cultural del archipiélago ha sido impulsado por músicos destacados y otros artistas que actuaron en Honolulú al hacer escala en sus viajes a Australia y el Oriente o al regresar a los Estados Unidos. Las islas han atraído también a muchos escritores, entre los cuales Robert Louis Stevenson, que terminó su libro "The Master of Ballantrae" en Waikiki.

En la Academia de Artes pueden verse raros jades de Oriente y cuadros de pintores hawaianos, así como colecciones pictóricas norteamericanas. Hay unas doscientas escuelas públicas en las zonas urbanas y rurales del archipiélago y la Universidad de Hawaii, establecimiento concesionario de tierras, sostenido con fondos públicos, tiene unos 5.000 estudiantes matriculados.

Hawaii fue un reino independiente hasta la revolución de 1893, que condujo un año después al establecimiento de la República. El gobierno republicano pidió la anexión a los Estados Unidos, que fue votada en 1898. Dos años después las islas adquirieron la condición de territorio. Los gobernadores de Hawaii, que deben ser residentes de las islas, son nombrados por el presidente de los Estados Unidos. La población hawaiana ha votado en favor de la condición de estado para el territorio y ahora se espera la correspondiente decisión del Congreso estadounidense.

(U.S.I.S. Exclusivo para EL DIA.)



La playa de Waikiki.



Calle céntrica de Honolulú.

SABADO

EN las últimas calles, la música fue cubriendo la noche, desde que encendieron las pequeñas hogueras para calentar las lonjas. Ahora, se apagaron las luces de las medias cuadras. Vienen y van. Van más de los que vienen. Arden los cigarrillos en la oscuridad. Pasa el último camión cargado con gente de la Base. Encandilan los focos. Reluce el alquitrán como cabello recién peinado. Ruge el motor y la garganta de los hombres. Alguien saluda:

—Adiós, muchachos.

Un cohete extraviado muere en el aire. Al galope, hacia el arroyo van dos policías. Las herraduras sacan chispas... Ladra un perro...

—¿Murió el herido, José?

—No se sabe. El otro ganó el monte.

La música llega y apaga las voces. Se ven las luces prendidas del techo y los adornos de papel colgando. Corazones y muñecos. Rojos, blancos, azules. Se presienten los cuerpos.

—Ta lleno.

—Baile batarás.

Ríen. Entran y se acomodan de codos a lo largo de la baranda que bordea la cancha de bochas. Pisonado el piso. Mesas repletas llenas de botellas y vasos. Chorrea la espuma de cerveza. Uno de gris invita a todos:

—Vamo a chupar, a chupar. Yo mando.

Destapó una botella con los dientes y la ofreció al primero que vio. Venancio, un negro enorme. No lo conocía. ¡Qué importa!... Venancio reía en un abrazo.

Del fondo gritaron:

—Pajarero, negro sabandija. De tan ordinario que eres si te lavan destiñes.

El negro volvió a reír. Bailaban. Su risa se enredó en la música. Sonaban las cuerdas, jadeaban los tambores y el del clarinete sobresalía en un esfuerzo.

—¡Cómo toca el Angel!

Desde una mesa preguntaron a una guardiacivil:

—¿Lo agarraron?

Este no hizo caso. Se cuadró ante el comisario.

—Sin novedá.

Sonó una voz con rabia:

—Usted por este pasillo y usted por aquel otro. Revisen.

Se alzaron los brazos. Las manos palpaban alrededor de la cintura. Caían de nuevo. Venancio se corrió hacia el fondo.

—A mí, si son brujos.

La vaina del cuchillo quedó de punta entre el zapato y el pantalón. Se empinó la botella. El de gris pedía más cerveza. Un muchacho crespo cantaba golpeando acompasadamente sobre la mesa. Después se dirigió al de gris:

—Hermano, ¿pagaste?... Hay que ir tranquilo, tranquilo...

El otro afirmó con la cabeza. Hacía equilibrio con las botellas que amenazan caerse. Tiró un paquete de cigarrillos. Se desparramaron.

—Bahía —el pardo— hizo una guiñada.

El crespo tomó un trago largo.

—Si usté lo quiere aconsejar, hágalo. Yo vine a olvidar.

Siguió tomando. El pardo se acercó a la mesa. El mulato José observaba. Bahía no había olvidado. Quince botellas en la mesa más las que se llevaron. El también vino a olvidar, pero aquella mujer que bailaba agarrada a uno de camisa verde, le recordaba todo. El cuerpo era igual. Hasta el caminar. Murmuró un nombre:

—Zoraida.

—¿Qué? —interrogó el que tenía al lado.

—Nada... ¿Cómo se llama esa muchacha?

Señaló.

—No sé cierto. Tiene un anillo que dice Nacha. Vino con uno del Batallón.

El mulato sintió necesidad de desahogarse.

—En Lascano tuve una muchacha igual.

El otro sabía que José había andado por muchos lados, no dudó y afirmó con la cabeza.

Por la puerta sacaban a un borracho a empujones. Tomado de los hombros. Sin fuerzas. El sombrero abollado, cayéndose.

—Un momento, un momento.

—Qué momento, marche.

Uno se paró en una silla.

—Estos se desquitan con los infelices y dejan escapar a los criminales.

Lo hicieron sentar. De todas partes lo miraban.

—Es así, amigo.

Alguien se despidió:

—Hasta mañana.

Quizás fuera tarde. José se acercó a los músicos. En un baile habló con ella. Le parecía palpar el cuerpo. Pidió un tango.

—Angel. "Don Juan".

Recordaba la voz, la risa y el cuerpo ausente. Si no fuera por la cara diría que era la misma Zoraida.

Se atrasó pensando y ella salió a bailar con otro.

—Si andaré mal.

Quedó en la baranda mirando inútilmente los ojos de la mujer. Bahía bailaba. Tal vez ya hubiera olvidado. Ahora había veintiuna botellas sobre la mesa. Casi dos docenas. Venancio reía a carcajadas. La música se entraba en el mulato. Más allá...

—La mujer pa bailar, tiene que bailar con todos, sinó que no venga.

—Vaya, invite de nuevo.

—No, acá pa andar bien hay que romperle la jeta a alguno.

Hasta el mulato llegó un muchacho con el pelo alisado, brillante. Tenía olor a polvos de mujer, raros.

—Aquel me debe diez pesos, ha tomado toda la noche y no me paga.



José no contestó. Piensa en Zoraida.

—Pero esta noche me le llevo aunque sea el saco.

Cerró los puños y se fue.

Aullaban los tambores. Venancio abrazaba a todos los que llegaban. No podía bailar, se tambaleaba.

Bahía y el hermano se fueron. Había olvidado. Iba cantando.

Uno que llegó dijo:

—A Bahía le rompieron la cabeza de un sablazo.

La noticia se desparramó, saltando. El mulato olvidó por un momento.

—¿Qué pasó?

El hombre agitaba las manos. Hacía gestos:

—Lo llevaban a empujones. Allá en la esquina está la sangre.

Un viejo que andaba como perdido, repitió:

—Está la sangre —y se quedó mirando al grupo.

—Ta fea la cosa. El herido de hoy, ahora éste.

Los tambores quedaron en silencio.

—No provocaba a nadie. Estaba ahí sentado, cantando —el hombre señaló la mesa.

El viejo comenzó un cuento:

—En un carnaval sí que fue fiera la cosa...

Ninguno lo atendía. La gente giraba como esperando algo que no llegaba.

—Son unos animales.

El negro enorme quería pelear. Daba puñetazos en la mesa y escupía.

—Me dan asco, me dan asco —gritaba.

Intentó levantarse pero una mujer lo tomó del brazo.

—Venancio, estás loco.

Algunos se pararon. Un hombre pequeño salió con miedo y se fue. No sintió al negro que insultaba ni a los tambores que sonaban de nuevo. Nadie lo echó de menos, tampoco.

El mulato buscó a Nacha. En el entrevero se había ido. Volvió a recordar...

Zoraida era más linda; sí, más linda. Pero el cuerpo era igual. El prometió volver. Había prometido muchas veces... ¿Por qué la recordaba ahora? En los labios tenía sabor a membrillos maduros. El se lo dijo una vez, cuando se despidieron. ¿Cómo serían los labios de Nacha?... Todas las mujeres besan distinto. Aquella noche Zoraida le había dicho: —Hasta cuando tu quieras—, y se abrazó sintiendo que lo perdía. No volvió más...

Entristeció de pronto.

Salía un grupo. Los ojos achicados. Las camisas manchadas de vino.

—¿Pa onde vamo?

—Pa'l velorio.

El mulato José se fue con ellos.

Ricardo Leonel FIGUEREDO.

(Especial para EL DIA).

Dibujo de Yandí Luzardo.



Clase Jardinera de la Escuela N° 25 de 2º Grado, "Ruy Barbosa".

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS



















Lo más GRANDE en REGALOS!

SUCURSAL GOES
AV. Gral. FLORES 2341
esq. MARC. BERTHELOT
Tel. 24200-24300-24400

CASA MATRIZ
AV. AGRACIADA 2302
esquina Marcelino Sosa
Tel. 20 09 61

SUCURSAL CORDON
AV. 18 de JULIO 1601
esquina Carlos Roxlo
Tel. 40 41 11